

# Juan Bautista Treccani Halló Paz



***“La paz os dejo. Mi paz os doy”.- Jesús***

“Nací el 8 de diciembre de 1933, en un pequeño pueblo del norte de Italia. Mi padre era de la familia patriarcal Treccani-Montini. (Papa Pablo VI es de la familia Montini.) De las dos familias, la de mi padre y la de mi madre, han nacido personajes distinguidos del clero romano.

“Siempre en mi corazón había un clamor para un encuentro verdadero con Dios. La única manera para lograrlo, según como pensaba yo, era por llegar a ser sacerdote, pero en el seminario, cuánto más avanzados eran los estudios, cuanto más lejos me parecía estar de Dios.

“Entonces comencé a buscar a Dios por medio de penitencias. Dormimos sobre tablas. Nos levantamos a media noche a rezar. Castigué mi cuerpo con un látigo que terminaba con siete puntas de hierro. Pero cuando más penitencias hice, más grande era la tempestad en mi alma.

“Un día en el confesionario, exclamé a mi director espiritual: ‘¡Por favor, dame paz!’ Con tristeza, me contestó: ‘Yo no puedo.’ ‘¿Por qué?’ ‘Yo mismo no la tengo,’ era su respuesta.

“El 15 de agosto de 1956 me acerqué al altar para cantar mi primera misa. Mientras me acercaba al altar anhelaba un encuentro personal con Dios. Al terminar la misa, mis amigos mostraron gran satisfacción, pero mi alma estaba angustiada. Todo había fracasado. Aún en el altar no pude hallar a Dios.

“Un día visité a mi tío, quien ahora es el Papa pero en aquel entonces era el arzobispo de Milán. Le conté algunas de mis luchas y él me aconsejó ir a la Argentina como misionero. Yo creía que en esta forma hallaría paz con Dios y así que propuse ir.

“En la Argentina seguía buscando a Dios. Muchas veces subía a una montaña a una capilla de la Virgen de Loudres. Creía poder hallar paz allí, sin embargo no la logré. Un día al bajar de la capilla, un indio me preguntó que hacía yo en la montaña. Primeramente tuve vergüenza de decirle, pero por fin le confesé: ‘Yo voy para buscar paz.’ Me contestó: ‘Nosotros no andamos tanto. Elevamos nuestros corazones y hallamos la paz.’ Este pobre indio, casi analfabeto y despreciado por la sociedad, estaba contándome a mí, un sacerdote erudito, como hallar la paz.

“Propuse hacer el esfuerzo y acepté su invitación para asistir a una iglesia evangélica. Cuando llegué, los hermanos estaban orando. Hojeaba mi misal. No pude encontrar lo que ellos ‘rezaban’. Después me contaron que habían estado orando por mí. ¡Me puse muy indignado!

“El Señor comenzó a enseñarme que no era por la filosofía ni por la teología que uno puede hallarle, sino por el camino de la humildad. Después de varios meses, me di cuenta que la respuesta de mi búsqueda de Dios se hallaba en estos cultos. Sentí que no pude dejar mi iglesia porque disfrutaba de comodidades y gozando de grandes honores de los hombres. Me era difícil, pero Dios me ayudó.

“El 31 de octubre me iba a tocar llevar una imagen por las calles en una procesión y pregonar: ‘Cristo reina’. Yo sabía bien que Él no reinaba en mi corazón.

“Se había anunciado un culto evangelístico para el mismo día. Yo propuse asistir a ese culto en vez de salir en la procesión. Unos de mis compañeros sacerdotes intentaron a la fuerza hacerme regresar al templo, pero me zafé de ellos y me fui a la iglesia evangélica.

“En aquel mismo culto, el Señor me bendijo de una manera maravillosa. Yo encontré a Cristo y Él me encontró a mí y me dio la paz que por años yo había buscado.

“Yo estaba viviendo con unos familiares multimillonarios. Con grande gozo regresé a la casa para contarles de mi nuevo gozo, pero ellos me somataron la puerta. Destruyeron todos mis afectos personales. Hicieron el intento de sacarme del país, pero eso no lograron hacer. El Señor estaba conmigo. Escribí a mi madre en Italia, y como resultado, ella encontró paz y gozo de la seguridad de su salvación. Ella también sufrió grande persecución. En cierta ocasión, a empujones, le sacaron del hospital y la echaron a la intemperie fría del invierno por su testimonio para Cristo.

“Hay en mi corazón un gran deseo de regresar a Italia para dar mi testimonio del poder y amor de Dios. No me importa lo que tengo que sufrir. El clamor de mi corazón es que sean convertidos muchos sacerdotes y obispos católicos. Dios puede salvar aun al mismo Papa. ¡Bien lo puede hacer!”